

"Es como si, para enseñarnos a hablar, empezaran pronunciándonos los tacos que no hay que decir nunca. Sin enseñarnos el hecho de que el lenguaje sirve, por ejemplo, para hablar con los que amamos"

Para una educación de los placeres

Cada vez que abro el periódico y leo una noticia sobre sexo, me cabreo. Informamos y educamos desde el miedo mucho más que desde el entendimiento. Desde la culpa neurotizadora, mucho más que desde la satisfacción. Enseñamos a los niños que meter los dedos en el enchufe les provocará una descarga letal, pero olvidamos contarles que la luz eléctrica es la que les permite vernos la cara cuando les arropamos por la noche y les damos un beso.

Educamos en la vida para abstenernos de vivir, no para vivir sin abstenernos. Creamos miedo antes de enseñar a lo que hay que temer. Y eso suele producir lo contrario (porque el miedo genera miedos). Aparecen maleducados que muerden por temor a que les puedan morder, que se exceden por temor a quedarse cortos, que hablan a gritos por temor a no ser oídos, y que hacen sinsentidos por temor a tener que encontrarles sentido. Y lo hacen sin que hayan aprendido a morder, sin que sepan lo que es el exceso, sin que tengan nada que decir o sin que conozcan el difícil hábito de encontrar el sentido.

En el sexo, todos hemos sido educados en un problema. Porque en el discurso normativo del sexo que manejamos, el sexo es un peligro. Hemos hecho de él como de una actividad de riesgo frente a la que hay que manejarse con todas las salvedades del mundo, con todas las aprensiones y con todos los diagnósticos, para que no encendamos el interruptor de la luz, no vaya a ser que nos quedemos pegados al enchufe.

Es por ello que en la educación sexual y en la comprensión del fenómeno sexual, el gran tema que se aborda es siempre la prevención. Pero quedarse solamente es ilustrar la condena que conlleva la falta. Es hacer de lo que no hay que hacer lo que es. Es como si, para enseñarnos a hablar, empezaran pronunciándonos los tacos que no hay que decir nunca. Sin enseñarnos el hecho de que el lenguaje sirve, por ejemplo, para hablar con los que amamos.

En el proceso de anatémizar el sexo no sólo está el hablar de la prevención como si se hablara de algo contra lo que prevenirse. Está también el hacerlo autor del delito, como al pobre mayordomo en las novelas negras.

Cuando hablamos de, por ejemplo, "delitos sexuales" (término usado permanentemente en los periódicos), olvidamos que el sexo no comete delitos; que el delito lo comete algún delincuente empleando el sexo, pero no el propio sexo. Delito que, a lo mejor, se cometió en un apartamento o en un automóvil, y no por ello hemos creado el "delito apartmentístico" o el "delito automovilístico". No hablamos, tampoco, de "delitos de lenguaje" cuando alguien hace mal uso de él para lastimar a otro, porque sería ridículo. Para ello, empleamos palabras como injuria, calumnia o difamación, términos en los que el lenguaje no aparece adjetivando el delito. Porque no tendría sentido.

Ni el sexo ni el lenguaje cometen delitos, son los delincuentes, estén donde estén o hagan lo que hagan. Del mismo modo, es impensable hablar de "delitos amorosos"; porque el amor no perpetra delitos. No concebimos, no nos cabe en la cabeza, que se pueda delinquir haciendo uso del amor. ¿Por qué no se nos hace igual de inimaginable con el sexo y seguimos hablando de "delitos sexuales"?

Creemos que el sexo es algo, por encima de todo, peligroso, y olvidarnos de no de adiestrarnos en una "educación para los placeres" (como pueda plantearse una "educación para la ciudadanía") mientras nos seguimos educando en una "educación para las privaciones", es lo verdaderamente peligroso para la sexualidad humana. Así, de una manera u otra, mataremos nuestra propia humanidad en un suicidio colectivo.

Nada nos hace más dóciles que el miedo. Ni nada más temerosos que el desconocimiento. "Todo es ruido para quien tiene miedo", dejó dicho Sófocles. Y tenía razón...



Valérie
Tasso

Francesa de origen, se licenció en Ciencias Económicas y Lenguas Extranjeras Aplicadas y obtuvo un máster en Dirección de Empresas. Publicó en 2003 *Diario de una Ninfómana*, obra que la ha colocado entre las escritoras en lengua española con mayor proyección internacional. A este libro le siguió *Paris la nuit* y en marzo de 2006 *El otro lado del sexo*, todos bajo el sello editorial de Plaza y Janés. Colaboradora habitual en programas televisivos y radiofónicos, es conocida su trayectoria como conferenciante e investigadora. Ha realizado el Postgrado en Sexología en el INCISEX, dependiente de la Universidad de Alcalá de Henares en Madrid. www.valerietasso.com

75